

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 22 DE ENERO DE 1922

NUM. 19.648

CUENTOS
ESPAÑOLES

ALMA DE VAGABUNDO

ERA pobre, medio sordo; estaba enfermo de una de esas enfermedades nunca curadas, que se renuevan periódicamente; de la milicia había sido excluido por su imperfección física; muy joven, su familia lo rechazó de sí por sus hábitos viciosos, y había rodado por el mundo, no como algo que tiene ruedas, sino como esa rueda sola y descabalada con que juegan los niños. Había dado así la vuelta al mundo, al mundo de la miseria y del vagabundeo; y ahora, temporalmente, estaba recogido en casa de un amigo de la infancia, hombre de negocios, que pretendía hacer de él un tipo sedentario y metódico. Tenía ya esa edad en que el individuo más nómada debe sentarse, sentarse amplia y plenamente, si no quiere conocer la caída en los abismos irreparables.

El amigo dábale consejos, procuraba aficionarle al trabajo. Habíale acogido a su lado por piedad y también por cierto espíritu egoísta, porque la miseria del compañero de infancia halagaba su orgullo de hombre que ha triunfado en la vida. Nunca habíale sido muy simpático aquel muchacho discolo, independiente, al que no había nada que sujetara, ni los castigos del maestro en la escuela, ni, más tarde, los pavorosos augurios de la familia. Nunca había querido doblegarse al trabajo, mientras que él siempre fué un hombre activo y adaptado, aunque también en su juventud sintiera — ¿quién no? — ansias de una vida libre e independiente. Así, ahora érale grato tener a su servicio al amigo maltrecho y domeñado — eso creía él — por las vicisitudes adversas. Al principio el nómada habíase presentado muy humilde, mostrándole sus brazos lacios con esa oferta incondicional de los menesterosos. Había invocado la antigua amistad y derramado lágrimas y señalándose la cabeza, prematuramente calva, como si quisiera darle a entender que el tiempo había ya despojado de su cimera juvenil — gesto triste como el de una mujer que enseña sus senos agotados —. Y el otro, muy ufano de sentirse joven e íntegro frente al amigo diezmado por la vida, habíale abierto su casa con gesto protector y asociándole a sus negocios. Mas al poco tiempo, luego que el nómada hubo calmado su susto por el momentáneo abandono y perdido un tanto el color de intemperie de sus mejillas, ese color de otoño de los vagabundos, fué irguiendo su cuerpo en toda su estatura y mostrándose lo que era, lo que había sido siempre: una criatura altiva e indomable, con un extraordinario concepto de sí mismo, tan orgulloso en su pobreza y su imperfec-

ción física, como si hubiera sido un monarca del mundo. En sus relaciones con el amigo, exigía ser tratado de igual a igual, rehuía toda comisión de carácter algo servil, entregábase a su soñadora pereza antigua. Y cuando el otro le exhortaba llamándole a la realidad de su estado y pretendía amedrentarle, recordándole las pasadas miserias, encogíase de hombros con un gesto de inefable desprecio.

—Pero ¿en qué fundará ese orgullo?— pensaba el protector. Y mentalmente enumeraba todas sus imperfecciones,

mordiéndose los labios para no decirse las en voz alta—. ¿Cómo es tan ciego que no ve esto? ¿Cómo no se asusta ante el porvenir, cuando yo, que soy tan superior a él, tiemblo muchas veces? Repudiado por su familia, despedido de tantos empleos, llegó a mí, venciendo, a pesar de todo, su orgullo y mostrándome su calva para enternecerme: yo soy la única criatura que se interpone entre él y los peores lugares, los hospitales y las cárceles, y, sin embargo, olvida todo eso, y ya ha recobrado toda su soberbia juvenil, como si de nuevo le hubiese brota-

do su cimera de rizos; ¿en qué fundará su orgullo?—Y sentía ya ganas de preguntarse, cuando el otro rehusaba encargarse de alguna comisión que juzgaba rebajante o simplemente se negaba a abandonar su pereza, durante aquellos largos éxtasis a que se entregaba tendido sobre el tapiz ideal de su soberbia.

—Pero ¿en qué fundará su orgullo?— pensaba el protector; y para herir su soberbia sometíale a las más duras pruebas. Olvidábase a veces de invitarle a comer o de darle un cigarrillo cuando abría su petaca. Esperaba que el otro le hiciera la petición con humildad. Es-

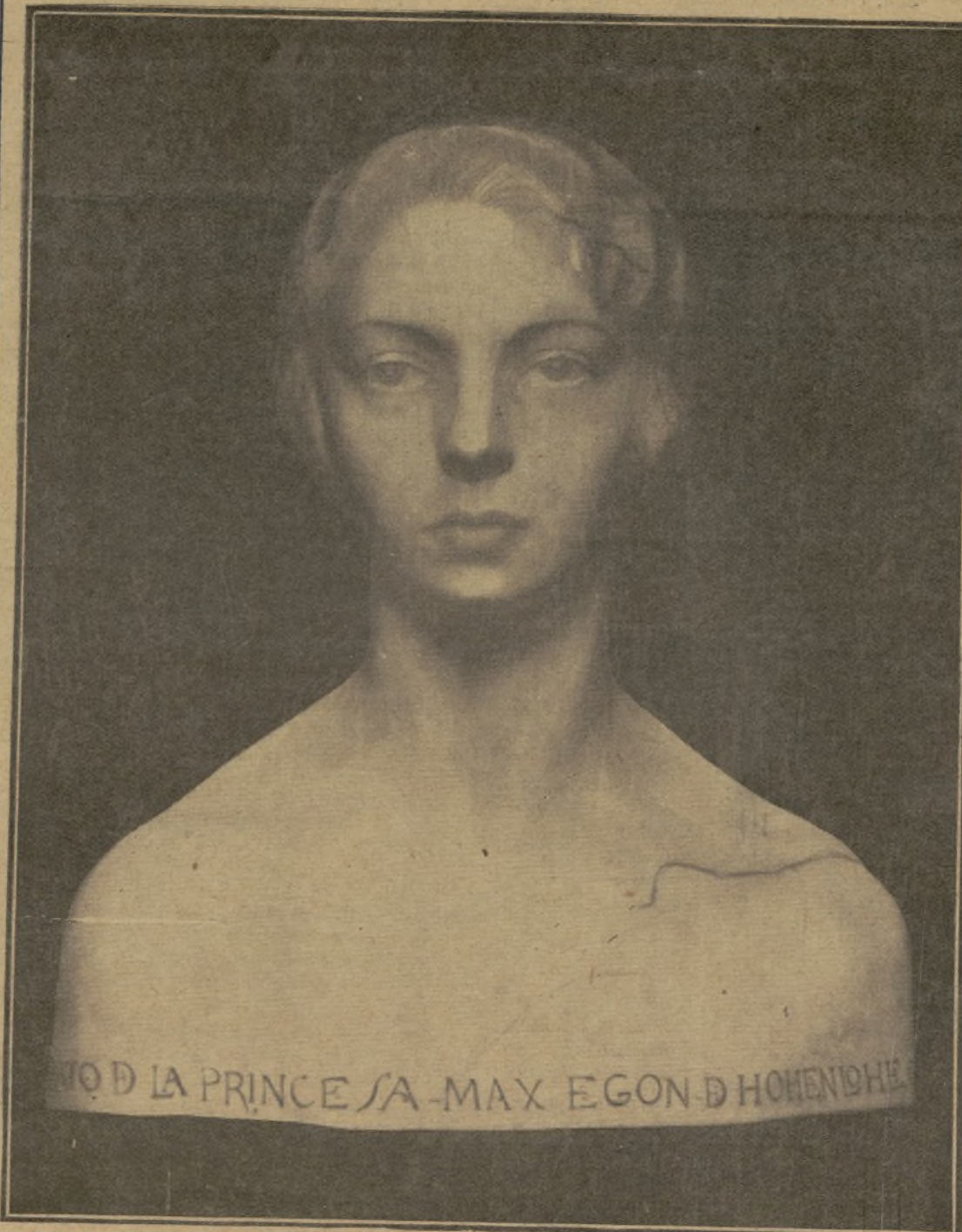
peraba ver repetirse el gesto humilde de la llegada a su casa. Mas ese gesto no habría de verlo nunca. El otro callaba y se resignaba al olvido, o le hacía la petición en un tono ligero y risueño de camarada. Y nunca nada de humildad ni de mostrar indignación, ni de confesarse socorrido. Pedía y aceptaba sus dádivas como una cosa natural, negándose a cuanto pudiera significar el pago de aquellos favores o equipararle a un asalariado. Y muchas veces rehusaba, con un gesto digno, hacer cosas que el amigo, verdaderamente domeñado por la vida, no se desdenaba de hacer, y permanecía muy tranquilo, tendido en el tapiz de su pereza, mientras el otro se afanaba, laborioso e inquieto.

Practicaba, pues, el parasitismo a costa del amigo de la infancia. Mas no era eso lo que más le dolía a éste, sino su orgullo, aquel orgullo incomprensible y monstruoso en un hombre tan desvalido e inútil, cuya suerte futura, si hubiera pensado en ella, hubiera infundido un espanto físico, como la vista de un abismo.

—Pero ¿en qué fundará su orgullo?— pensaba el otro. Y llegaba a experimentar un sentimiento de fascinación ante aquel orgullo misterioso y enorme, como si fuese indicio de un poder oculto e inefable. Y sentía ganas de preguntárselo, no ya por sarcasmo, sino por curiosidad, por una curiosidad supersticiosa, que ya le atosigaba. ¿Poseería algún talismán o alguna virtud recóndita, que sólo él conocía? Aquel orgullo era ya tan absurdo, que podía parecer divino o diabólico...

—Pero ¿en qué fundará su orgullo?— Sentía ganas de preguntárselo a él mismo. Y un día se lo preguntó. Fué un día en que quiso, como otras tantas veces, e igualmente en vano, domeñar aquel orgullo inaudito, amenazando al soberbio en nombre de su pavoroso destino. El orgulloso parásito habíase levantado muy tarde aquel día, y, como siempre, pidió al amigo, con su mortificante tono de camarada, unas monedas para el almuer-

Una obra de Victorio Macho



Victorio Macho, el escultor ilustre que tantas veces ha encerrado en la dura materia de mármoles y bronce la reciedumbre del alma española, rescuita ahora, en su obra más reciente, la sutileza y la suave armonía del Renacimiento italiano. Lo exigía el tema: trátase de un busto de la joven princesa Max Egon de Hohenlohe, a quien llamó y llamará siempre cariñosamente Madrid "Piedita" Iturbe. La mano del artista ha trabajado cada punto del frágil alabastro como si estuviera esculpiendo sobre los pétalos de una rosa blanca, y en la primorosa creación, policromada luego con tenues y predominantes tonalidades de oro, se perpetúan la espiritualidad y la majestuosa gracia de "Piedita" como las de una dogaresa veneciana.

zo. El otro tuvo valor para negárselas y le propuso cierto trabajo facilísimo—cobrar un recibo—que le produciría lo que necesitaba. El nómada rehusó, haciendo un gesto despectivo. El otro, asombrado, con intención de herirle, dijo:

—Mira que no he de ofrecerte otra cosa.

—¿Te he pedido yo algo?—replicó el misero, y repitió su gesto despectivo.

Había encendido un cigarro, rebañando en sus bolsillos, y fumaba tranquilamente.

El amigo, indignado, ofendido por aquel gesto de indiferencia y de desdén ante el destino, como si él fuese ese destino desdichado, gritóle amenazante:

—Mira que si no haces esto no comes! ¡Yo no te he de dar nada!

Irguióse el nómada con gesto de asombro esta vez; de un asombro inexpressable, fabuloso... ¿Qué era aquello de amenazarle con tal seguridad? Miró al amigo

con sus grandes ojos alelados de sordo.

—¿Que si no hago eso no como? ¿Eres tú Dios acaso para condenarme al hambre? ¿Es que no hay más pan en el mundo sino el que tú quieres dar? ¿Es que sin tu voluntad no grana el trigo?

Y sonrió despectivamente, y tornó a sentarse, y siguió fumando su cigarrillo con un gesto suntuoso, como si una fortuna ardiese entre sus cenizas. Ante aquella impasibilidad ya no pudo más el otro. Aquello era demasiado.

¿Es que tenía la certeza de estar a cubierto de toda necesidad? Y al verlo tan misero, mal vestido, enfermo, medio sordo, escoria de oficinas y aun de reuniones de amigos, ni siquiera joven, no pudo resistir más la tentación y gritóle:

—¿Pero en qué fundas tu orgullo, hombre?

Tornóse a erguir el otro, y miróle como la vez anterior, con sus ojos alelados, vagos e inmensos como un paisaje

de llanura o de mar. Y dejando de fumar por un instante, dijo:

—¿Que en qué fundo mi orgullo? Pues muy sencillo. En que no soy como tú. En que no le tengo miedo a nada, ¿sabes?, a nada, ni al hambre, ni a la muerte, ni al hospital, ni a los furgones de la Beneficencia; a nada. En que estoy dispuesto a todo. En eso fundo mi orgullo. Y mira: en una calle oscura, a un desconocido, quizá le tendería la mano. Pero a ti, a un amigo, a un igual, nunca. Y menos desde que has pretendido erigirte en mi Dios. ¡Tú mi Dios!

Y reía sarcásticamente.

Miróle el adaptado y vió en sus ojos toda la amplitud de la vida.

—Ahora me lo explico—dijo—. ¡Tienes alma de vagabundo!

—Es verdad—replicó el nómada.

—Yo, sin embargo, te acogí en mi casa cuando estabas abandonado de todos y te senté a mi mesa, sin que tú nunca me

demostrases tu agradecimiento. ¿No tenía derecho a esperar algo de ti?

Entonces el nómada se irguió de nuevo y pareció más magnífico y más misero al mismo tiempo que nunca.

—¿Pero te parece poca merced que yo consintiera en permanecer a tu lado tanto tiempo? ¿Sabes tú cuánto se necesita para retener a un vagabundo, como tú dices? ¿Crees que de no haber estado yo entonces tan vencido, hubiera permanecido tanto tiempo en tu casa, yo, que he abandonado a mis padres y repudiado a todas las mujeres?

Y reía desdeñosamente...

Miróle el amigo a lo más profundo de las pupilas y permaneció largo rato fascinado y atónico. No veía en aquellos ojos nada claro. Pero vislumbraba, hasta sentir pánico, en aquellos ojos desmedidos el alma misteriosa de los vagabundos...

R. CANSINOS-ASSENS

MODOS VICIOSOS DE HABLAR

Del uso indebido de la palabra "numeroso", y de la frase "orden del día,"

«Numeroso»

Es increíble la aceptación que ha tenido y lo popular que se ha hecho el mal uso en plural de la palabra *numeroso*. De tal suerte, que no se puede ya leer ningún periódico donde no se encuentren a montones frases como estas: «Cogieron *numerosos* prisioneros, *numerosos* cañones, *numerosas* ametralladoras; se reunieron *numerosas* personalidades, pronunciaron *numerosos* discursos o *numerosos* brindis; esperaban a la puerta *numerosos* automóviles, etcétera, etc.» ¡Y ni uno solo de esos *numerosos* está bien empleado!

Porque el plural es la reunión, el conjunto, la multiplicación, la suma, la repetición, o como quiera decirse de la unidad representada por el singular; el plural es varias veces el singular, y donde no hay singular, no hay plural.

¿Habrá quien se atreviera a decir en singular *numeroso* prisionero, *numeroso* cañón o *numerosa* personalidad o *numeroso* automóvil? ¡Evidentemente no! Pues tampoco pueden decirse esas frases en plural. Y no vale decir que hay vocablos, singularmente acabados en «s» y no acentuados en la última vocal, que no tienen singular o que su contextura es de plural, o que sólo se usan como plurales en modos adverbiales, como *comicios, albricias, exequias, mailtimes, víveres, fauces, a sabiendas, de bruces*, etc., porque tanto esos casos como otros igualmente acabados en «s» y no acentuados en su última vocal, que sólo tienen un número o, mejor dicho, que con el mismo vocablo atienden al singular y al plural, como *crisis, jueves, viernes, dosis, éxtasis*, etc., y aun otros casos que pareciendo iguales, exigirían discusión muy detenida y nada fácil, no son el que ahora analizo, el cual tiene, indudablemente, singular y plural, y su uso está claramente definido por la Academia, y no hay más que conocerlo y obedecerlo.

Dice, en efecto, el *Diccionario de la lengua castellana*: «*Numeroso*.—Que incluye gran número o muchedumbre de cosas.» ¡Y no creo que pueda decirse más lacónicamente ni mejor! Y con ello basta para que no pueda caber duda sobre el modo de emplear ese vocablo. Pero como se ha empeñado la gente en alterar su significado, acaso no sea ocioso ampliar el concepto, y para lograrlo, digo: que *numeroso* es un adjetivo que califica sustantivos colectivos, y no otros.

Son, en efecto, sustantivos colectivos *familia, pueblo, nación, ejército*, etc., y estas voces pueden ser calificadas en singular y en plural por el vocablo *numeroso*, y decir: *numerosa* familia y *familias numerosas*, *numeroso* pueblo y *pueblos numerosos*, *numerosa* nación y *naciones numerosas*, *numeroso* ejército y *ejércitos numerosos*; pero no basta con que los sustantivos sean colectivos, es preciso, además, que sean indefinidos, porque si son definidos, no pueden comprenderse en la regla anterior.

Las palabras *cuarteto, quinteto, decena, centuria, millar*, no pueden ser ni dejar de ser *numerosas*, porque están ya definidas por un número fijo de unidades: cuatro, cinco, diez, ciento o mil.

Numeroso califica, por lo tanto, sustantivos colectivos indefinidos, y su uso en singular lleva, naturalmente, aparejado el del plural.

Eso es lo castizo y lo prescrito por la Academia de la Lengua; pero si el uso determinase otra cosa, o, mejor dicho, el mal uso se impusiera a lo correcto, ¡boca abajo!

Y el uso pudiera decir, y acaso ya lo dice, que uno, dos, tres o un número fijo, en suma, de prisioneros, no pueden ser *numerosos*; pero cuando su número es grande y desconocido y se hace incontable, bien puede ser *numerosos* en plural, aunque no sea el singular *numeroso*. Asimismo puede decir que un *cuarteto* o *sexteto* no puede ser *numeroso*; pero en una gran ciudad puede haber tan grande, tan incontable número de *cuartetos* o *sextetos*, que no pudiendo ser cada uno de ellos *numeroso*, pudiera decirse de todos ellos, en plural, que eran *numerosos*, pues eso es reunir, como dice el *Diccionario*, incluir gran número o muchedumbre de cosas. Y, aun en el caso del sustantivo colectivo indefinido, pueden aceptarse los tres conceptos: el de *numeroso* en singular, el de *numeroso* en plural y el de *numeroso* en el sentido de ser innumerables los objetos o personas a que el nombre se refiere, a saber: muchedumbre *numerosa*, muchedumbres *numerosas* y *numerosas* muchedumbres *numerosas*; familia *numerosa*, familias *numerosas* y *numerosas* familias *numerosas*, cuando son muchas, innumerables, las que se encuentran en el caso de ser *numerosas*.

Reconozco, pues, que el uso puede disponer otra cosa y que puede defenderse

la novedad del modo que acabo de decir; pero, en mi sentir, lo correcto es no usar el vocablo *numeroso* mas que para calificar sustantivos colectivos indefinidos y el hacer otra cosa es privar al lenguaje castellano de delicadezas admirables que lo enaltecen en sumo grado.

No tengo valor para demostrar que así lo usaban los escritores de más nota, aunque algunos los tengo a la vista, como Jovellanos, que decía: «Un erario opulento, un ejército *numeroso*, una marina formidable, no son las más ciertas señales de la prosperidad de una Monarquía»; o Moratín, que dice: «La religión, uniéndolo al placer al culto, distrae, alegra al *numeroso* público», etc., etc., porque se encontrarían otros muchos casos que los contradijeran, y es tarea de gigantes el saber si son o no erratas suyas o de los impresores, editores, etc., siendo muy difícil el poder asegurar cuándo un escritor ha dicho por sí mismo, y sabiendo lo que decía, y ha corregido por sí mismo, sabiendo corregir, cosas ambas que, por raro que parezca, no saben hacer todos los escritores ilustres. Casi todos los grandes literatos, como me decía uno de ellos, lo son de oído y sin saber por qué lo son.

El exponer, no obstante, estas indicaciones no me parece ocioso, cuando de escribir y usar del mejor modo posible el castellano se trata.

«Orden del día»

Poco antes de cerrarse las Cortes lei en un periódico lo que sigue: «*Numerosos* diputados abandonaron el salón al entrarse en el *orden del día*». ¡Y se quedaria tan tranquilo el autor, pensando que escribía en castellano!

Del mal uso de ese *numerosos* he dicho lo bastante, y sólo me propongo ahora añadir algunas palabras sobre el mal uso de la frase *el orden del día*.

Desde que hay régimen parlamentario en España, se viene hablando en las Cortes de la *orden del día*, sin que a nadie se le ocurriera poner a esa frase reparo ninguno; pero, desde hace algún tiempo, se les ha ocurrido a algunos periodistas el pensar que eso está mal dicho; que nadie había sabido hasta ellos lo que se hacía, y que debiera decirse *el orden del día*. Y lo que han demostrado es que son ellos precisamente los que no saben emplear esa frase y los que hablan mal el castellano.

No hay más que coger el *Diccionario de la Academia* y enterarse de lo que dice en el vocablo *orden*, que es mucho y que abraza variadísimos conceptos; pero que puede de ese artículo entresacarse y resumirse lo que ahora nos interesa muy lacónicamente. Resulta, en efecto, que en todo cuanto se refiere a ordenación, a disposición ordenada de cualquier clase de cosas, la palabra *orden* es masculina, mientras que cuando se refiere a mandato, a orden de un superior, es femenina. Así, el capitán general de Madrid va diariamente a Palacio a recibir del Rey la *orden del día*, con el santo y seña, etc., etc.; todos los cuerpos marciales reciben igualmente de sus jefes la *orden del día*, y, en suma, todo inferior recibe de sus superiores las *órdenes* que tengan por conveniente dictar. Al dar un general la *orden* de combatir, dice cuál ha de ser *el orden* de combate: una cosa son las *órdenes* para combatir, las *órdenes* para dar la batalla, y otra la disposición que hayan de adoptar las tropas en ella.

Ahora bien: al terminar cada día las sesiones parlamentarias, el presidente ordena, manda, dispone los asuntos que podrán discutirse en la próxima, y *ningún otro más que esos*, lo cual, como hemos visto, es femenino, y esa es, por tanto, la *orden del día*. Lo que puede suceder es que al discutirse *esa orden del día*, o por necesidades de Gobierno, o por conveniencias del momento, o porque falten los oradores que debieran hacer uso de la palabra, o por otras causas, que pueden ser muy diversas, se altere *el orden de la discusión*, para lo que está siempre autorizada la presidencia, y si a ese orden de la discusión se le llamara *el orden del día*, no habría repugnancia en admitirlo, con lo cual podría decirse, y serviría para esclarecer decididamente el asunto, que los presidentes disponen la *orden del día*, pudiendo variar *el orden del día*, o sea el orden de las discusiones, dentro de *esa orden del día*.

Y el querer enmendar esa plana es muy censurable, ya porque se ataca una costumbre muy antigua y muy respetable, ya porque de ese modo... ¡so habla mal!

Y si el uso, que es el árbitro en el lenguaje, se decidiera por el cambio algún día, habría que respetarlo; pero ¡haría mal y sería lamentable!

Amós SALVADOR

PANORAMAS DE LISBOA

LA GRAN PLAZA DEL ROCÍO

Por la acera de sol de esta amplia plaza de Don Pedro hemos visto uno de esos admirables señores que nos llenan de nostalgia o de «saudades», como más atinadamente se dice en Portugal.

Era, sin duda, un viejo hidalgo portugués venido a menos. Su macferlán apollado, su pantalón exiguo, dejando ver por sus bocas deshinchadas los raídos borceguies; su gran sombrero de copa, su bengala de puño de plata, su mismo aire altivo y arruinado a la vez, daban la sensación de las cosas que fueron y ahora sólo conocemos nosotros a través de las láminas antiguas.

A mí, además, este extraño personaje me ha parecido un símbolo: el símbolo de esta plaza sensacional que tengo ante los ojos.

¿Por qué hacía tan bien, tan armónico, tan en su lugar, este hombre en la plaza de Don Pedro, junto a los árboles enanos, al hilo de las casas vetustas, sin balcones, con sus tejados pardos en acentuado declive y las ventanas de las guardillas en lo alto?

¿Por qué la tibieza de este sol otoñal, reverberando en el mosaico blanco y negro del pavimento, parecía rejuvenecer al hombre del macferlán, con sus ropas pasadas de moda y su prestancia de gran señor en la pobreza?

Porque todo el Rocío lleva también un macferlán, y un sombrero de copa y unas botas derrengadas y torcidas.

Cuando primitivamente el Rocío, o

plaza de Don Pedro, formaba como el patio central del breve recinto amurallado de Lisboa, al que daban acceso unas callejas taciturnas, arrancando del Terreiro do Paço y el Paço da Ribeira, ya la fama lo había convertido en corazón de la ciudad.

Allí acampaban, al abrigo de las fortalezas medievales, las tropas defensoras de su independencia. Allí, junto a las gradas de los conventos, encendía sus hogueras la Inquisición. Allí se proclamaron las constituciones y se riñeron los combates por la libertad. Allí debió predicar el santo lisboeta Antonio de Padua. Allí debió trazar sus planes de conquista ultramarina el navegante lisboeta Alfonso Alburquerque. Allí debió concebir sus poemas magníficos el genio lisboeta Luis de Camoens.

Cualquier viejo grabado nos presenta esa plaza, abierta en la confusión de los caseríos cúbicos y las torres picudas, con una anchura desproporcionada, impropia de las angosturas y laberintos serpentinos que irradian de ella como

brazos atroficos de un pulpo gigantesco.

Después fué creciendo Lisboa. Por las vertientes de sus siete colinas se desparrraman las edificaciones a manera de torrente de casas, que amenazaba inundar aquella gran llanada libre. Pero el Rocío supo resistir la avalancha y de tuvo heroicamente la invasión.

Creció más.

El plano de la ciudad fundada por Ulises se ha removido varias veces. Se hizo preciso usurpar buena parte del Tajo, avanzando la orilla Norte, para que el histórico «Aterro» facilitara la expansión urbana. Trepano por los montes, llegaban los barrios extremos a las

músculos. El Rocío domina, manda, impone. Las demás plazas, las otras calles, aun las que quieren competir con ella en vitalidad, obedecen sumisamente. Salir del Rocío y asomarse a una de sus vías inmediatas, es sumergirse en la ciudad provinciana más serena, más tranquila, más sin preocupaciones.

En cambio, el Rocío...!

El Rocío ha sido la plaza mayor del pueblo, la plaza luminosa y alegre de la iglesia y la encina secular en el centro.

Alegre en las noches románticas de San Antonio, San Juan y San Pedro,

canso a su fatiga, coloquio a sus amores, cama para sus cuerpos vagabundos...

✽

Y era en aquellas suaves mañanas de sol cuando nuestro hombre del macferlán y el sombrero de copa, rodeado de las palomas que bajan a beber agua en las grandes fuentes de la plaza, paseaba por aquí su arrogancia juvenil y próspera.

Es como si desde entonces al Rocío se le hubiese quedado el macferlán y la chistera. Tiene así todavía un prestigio de plaza antigua y empingorotada, de plaza que corría el peligro de convertirse en una plaza de la Concordia, de París, y supo contener sus vanidosos ímpetus mundanos.

Tan visible es

riesgo de que la vida corrompa lo que los siglos no pudieron aniquilar, que aun a hora pare con su red de travías, sus automóviles, sus coches de caballos, su alumbrado eléctrico, su bella columna gótica, sus edificios nuevos, que inter cambiar su indumentaria transformando el macferlán en un gabán moderno, y la chistera en un ligero y democrático frasco.

Añádase que

Municipio sin sentimientos de la tradición, sin poesía y sin sentido estético, quiere colaborar en la obra demolidora destruyendo las preciosas olas del característico pavimento, reduciendo amplias aceras soleadas, talando árboles, arrancando bancos, modificando en fin, su fisonomía

para, según se dice en términos municipales, descongestionar la plaza, y, según significa en términos artísticos, atentar contra una gloria nacional. Porque el Rocío era tan monumento nacional histórico, tan artístico y tan glorioso como cualesquiera de esos monasterios manuelinos que el celo del Estado conserva en su primitiva grandeza.

Pero la resistencia del Rocío es invencible. No se deja vencer fácilmente. En medio de los tristes despojos de lo que fué, aún tiene la vanidad de ofrecer a los ojos forasteros con su prestancia clásica. Para desagrar a los buenos lisboetas, que lloran el ultraje municipal inferido a su plaza, este antiguo hidalgo portugués se cuida algunas veces de devolverle su típico sabor de gran plaza del siglo pasado, paseando por la acera de sol su viejo macferlán descolorido y su chistera, de ocho reflejos, empolvada.

GIL FILLOU



LA PLAZA DE DON PEDRO (VULGARMENTE ROCÍO) TAL COMO ESTABA ANTES DE LA ACTUAL REFORMA

cimas más altas. Estalló por fin el cinturón de murallas, y corrieron las calles, las avenidas, los paseos, hacia los campos solitarios.

Y aún no bastaba. El Rocío iba a sucumbir devorado por la gula insaciable de la población, cuyo crecimiento detenían por un lado el río y por otro la sierra agreste del Monsanto.

Sin embargo, el Rocío aún supo defender su patrimonio.

Hundida Lisboa en los terremotos del siglo XVIII, volvió a levantarse señorial bajo la égida de Don José I. Aquel gran ministro suyo, marqués de Pomal, constructor de la «Baixa», no sólo respetó la plaza central de Lisboa, sino que aumentó su imperio y su tamaño.

Fuó entonces cuando surgió la tiranía del Rocío. Ya nadie podría contra ella. Era la cabeza que concibe y el brazo que ejecuta. Se habla de la dictadura de Lisboa respecto a Portugal, y no se piensa que la dictadura de Lisboa es el propio Rocío. Aquí toda su vida, toda la luz de su cerebro, toda la energía de sus

cuando de árbol a árbol se tendía un rosario de farolillos y las mozas armaban el baile popular, acompañándose de bandurrias y guitarras, entre los puestos verbeneros, engalanados con colchas y cortinas multicolores, alumbrados con quinqués de petróleo, rebosantes de albahacas, geráneos, espliego, tomillo y otras flores y plantas de romería...

Plaza trágica también.

Trágica, con sus cafés políticos de conspiradores, sus frecuentes tumultos, sus manifestaciones públicas, con toda la sangre que ha regado su suelo en infinidad de revueltas, sublevaciones militares y motines estudiantiles. Porque también los estudiantes tenían su café: el café de Gelo, hoy existente aún, tímido, modesto, sin espejos, sin bancos de velludo, arrebujado cautelosamente entre establecimientos suntuosos...

También plaza bohemia.

Refugio de gentes desamparadas y fugitivas, de soñadores, de enamorados, que buscaban en los bancos benévolos, bajo la espesa fronda hospitalaria, des-

LA RATA BLANCA



Elia y Andresillo quedaron huérfanos; la casita donde antes vivían fué vendida, y se encontraron sin más patrimonio que unas pocas monedas de plata. Y el pequeño jefe de familia dijo a su hermana:

—Vámonos, Elia; tenemos que andar por el mundo; ya encontraremos fortuna. Y por toda respuesta la mano de la niña se apretó, confiada, en la que su hermano le tendía.

Contaba Andresillo unos diez años, y algo menor era la niña. ¡Qué gracioso grupo formaban, tan rubios y lindos, y con qué tierna solicitud evitaba él piedras y zarzas a los delicados piecillos de su compañerita!

Anda que anda, detuviéronse al fin junto a un hermoso zarzal, cuajado de moras, más dulces que la miel, y con ellas saciaron el hambre. Luego pensaron en dormir un ratito y se cobijaron bajo las ramas de un nogal, que extendía sus frescas sombras sobre un tapiz de hierba.

Les despertó una atronadora gritería. Mirando a ver de dónde provenía tanta algarabía, se acercaron a un grupo de hombres y vieron que trataban de matar a las ratas a una hermosa rata blanca. Signado ante esa barbarie, Andresillo suplicó que cesasen en tan terrible intento, y como a sus ruegos quedasen inertes, nuestro amigo, repartiendo puntas a derecha e izquierda, se hizo dueño de la situación, poniendo en fuga a los muchachos.

Con presteza buscaron un charco y lavaron las heridas de la infeliz rata; luego sacaron de la cesta que llevaban alzo unos trapitos y en ellos la envolvieron cuidadosamente; pero el animal estaba inmóvil y parecía muerto.

Al cabo de poco tiempo, la niña, que cesar destapaba la cesta para ver al animalito, lanzó un grito, mitad sorpresa, mitad miedo al ver que de un salto la rata colocó sobre sus rodillas.

—¡Cuán buenos sois, queridos míos! ¡Qué alegría de librarme de una horrible muerte. Mi agradecimiento no tiene límites. Desde hace largos años vivo enantada bajo el poder del más terrible enemigo. Todo lo que pueda hacer por vosotros me parecerá poco. En cualquier apuro que os halléis, decid: «Ratita blanca, acude a mi demanda».

Y en cuanto dijo esto, desapareció ante los atónitos ojos de los niños.

Quedaron sumidos en tal asombro, que evaban varias horas sin hablar ni moverse, y así sabe Dios cuánto tiempo hubieran estado si un nuevo suceso no hubiese acaecido.

Seis blancos caballitos, no más grandes que liebres, arrastraban una gran caja, blanca como el alabastro, y tan ligero equipaje iba conducido por un joven blanco cochero pequeño, pues no alzaba del suelo más de una cuarta de vara. Este minúsculo personaje dejó pescante, y haciendo una profunda reverencia a los niños, les dijo:

—¡Bienvenidos a mi lindo coche y os conduzco al país de la dicha.

Y bien se hubieron sentado, el tiro emprendió una veloz carrera.

El camino por el cual, más que corrían, volaban, fué cambiando de aspecto; de los árboles, cada vez más pequeños, pendían largos jirones blancos, tan luminosos, que semejaban hileras de espléndidos brillantes. Al final de una avenida el cochero paró sus diminutos caballitos, saltó a tierra, y acercándose a sus acompañantes les invitó a que le siguiesen.

Una pequeña casita, cubierta de ramaje, se alzaba frente a ellos. En ella en-

traron, y, como por arte mágico, viéronse bajando a un profundo subterráneo. Siempre precedidos por su guía, llegaron a una estancia iluminada con tal profusión de luces, que por no quedar cegados hubieron de poner sus manos ante los ojos.

El misterioso cochero se adelantó hasta el borde de un cojín, sobre el que descansaba un león de tan fiero aspecto que causaba espanto.

—Señor—dijo—, vuestras órdenes quedan cumplidas.

—Quedáis bajo mi poder. Como todo cautivo, seréis sometidos a tres interrogatorios, y si no acertáis mis secretos, os convertiréis en cisnes. Adelántese el guardián de prisión y conduzca a la celda a estos dos niños.

Y del grupo donde estaba el cochero surgió un carcelero con su manojo de llaves, y cogiendo a los hermanos de la mano, se los llevó, sin que ellos opusieran la menor resistencia.

Elia lloraba sin consuelo, y Andresillo no sabía cómo calmar su pena, cuando



Pero sus ruegos no fueron atendidos. La ratita no acudía, y le entró un gran desaliento.

Cerró la noche; el cochero entró, y sin proferir palabra puso sobre la mesa dos platos, dos jarritas con agua y otros dos panecillos. Elia, cansada de llorar, se había dormido. También, a pesar de sus angustias, sentía Andresillo que se le cerraban los ojos, cuando vio saltar desde la ventana a su deseada ratita blanca. La colmó de caricias, y ésta, acercándose a su oído, le dijo:

—Acudiré sin ser vista a la sesión secreta que el león celebra esta noche y sabré lo que hayáis de hacer.

Y sin esperar respuesta, desapareció del mismo modo que vino.

No pudiendo contener su alegría, corrió Andresillo a despertar a su hermana y le comunicó cuanto la rata le dijo.

—Ahora es necesario no dormirnos; nuestra ratita volverá.

Y sentaditos sobre sus camitas, esperaron...

La luna, por entre los barrotes de su reja, les enviaba su dulce luz y parecía decirles: «¡No temáis, yo también velo!»

Un rato largo pasó, y al cabo vino la rata amiga, saltando desde la alta ventana a los bracitos de la niña.

—Andresillo debe adelantarse y besar la pata derecha del león. Has de tener un gran valor—le dijo—; toma este puñal tan afilado. En el momento en que lo hundas sobre el cuello del león, quedará muerto. En cambio, si vacilas, sin que yo pueda impedirlo, seréis devorados por él.

Y, rápida, cruzó la celda y se metió por un agujero.

La noche, tan angustiosa para los dos hermanitos, tocó a su fin, y llegó la hora en que habían de presentarse ante su enemigo.

Cuando llegaron a la estancia donde el día anterior fueron recibidos, el león, sobre sus patas traseras, descansaba sentado en su trono. Al ver llegar a sus huéspedes, les dirigió una sonrisa, enseñándoles sus afilados dientes, que helaban la sangre; luego, dirigiéndose a Andresillo, le invitó a que hiciera lo que él hubiese pensado.

Adelantose sin vacilar, y con voz entrecortada por la emoción, exclamó:

—Dejad, poderoso señor, que bese vuestra diestra.

El león rugió, y antes de que se diese cuenta, acercose a él nuestro héroe y valientemente hundió el puñal.

Como herido por el rayo se desplomó, y de su cuerpo inerte surgió una hada bellísima; se empezó a oír una suave melodía, y todos los pajarillos entonaron un cántico de triunfo.

La maravillosa aparición se acercó a Andresillo y le puso un anillo con un magnífico brillante.

—Recibe mi ofrenda—le dijo—. Gracias a tu arrojo he sido liberada. Soy el hada Felicidad, y antes era la blanca ratita a quien salvaste la vida. Las riquezas de este castillo, todas os pertenecen, y aquí viviremos reunidos siempre.

LA ANUELITA

Dibujos de Puro.

Y fue a sentarse junto a otros compañeros de igual estatura.

Los niños temblaban. ¿Serían devorados sin piedad por este animal terrible?

Viéronle levantarse lentamente, y cuando estuvo sobre sus cuatro patas, irguió la cabeza y, ¡oh sorpresa!, les habló en estos términos:

—do cruzó una idea por su mente. Y la ratita blanca, ¿no había prometido ayudarles?

Era, pues, el momento de ver si no les engañaba ella también. Y dando los tres golpecitos en el suelo, en voz baja, para no ser oído de sus guardianes, dijo:

—Ratita blanca, acude a mi demanda.

La culpa es nuestra

DESPUÉS de no verse en varios años Raimundo y Eloy—compañeros de carrera, inseparables durante la mocedad, alejados uno de otro más tarde por el flujo y reflujo de la vida—, se encontraron en la calle. Abrazáronse efusivos.

—¡Chico, tanto bueno!

—Acordándome de ti venía. Misterios telepáticos...

—Ganas de hablar. Probablemente, si la casualidad no nos reúne, te hubieras marchado de Madrid sin visitarme.

—No lo creas. Llegué anoche, rendido del viaje, y me acosté en seguida. Salgo ahora del hotel para ir al Ministerio, donde tengo que arreglar un asunto. Pensaba buscarte luego, para que comiéramos juntos. Reconoce la ligereza de tus suposiciones.

—Ego te absolvo. ¿Sigues representando a Themis por esas provincias?

—Figúrate... Y soy un juez modelo, aunque te parezca extraño, recordando nuestras aventuras moceviles. Ahora trato de que me asciendan. Tengo esperanzas; y eso que es difícil, ¡muy difícil!... Pero que hablen de ti. ¿Qué es de tu vida?

—Pues ya ves. Como siempre.

—¿No hiciste oposiciones?

—¡Un demonio! Pásate los mejores años de tu vida estudiando una carrera, para que te manden al último poblacho a ganar lo estrictamente preciso para vivir. ¡No en mis días! De Madrid no salgo. Patatas en Madrid, mejor que trufas en villorrio.

—Eso se dice muy bien cuando se cuenta siquiera con las patatas. Cuando no es así... a la fuerza ahorcan. Tú tenías una posición desahogada, una base para trabajar a tu gusto, sin apremios, creándote un porvenir, un hogar... ¡Hombre! Por cierto que me dijeron, no hace mucho, que pensabas casarte.

La frente de Raimundo se nubló.

—Es verdad. Lo pensaba.

—¿Pero ya no piensas en ello?

—Ya, no.

—¿Razones graves?

—En mi concepto, graves. En opinión de otro, no lo sé... Verás... Pero entremos en una cervicería: no es cosa de hablar de pie... Aquí mismo, ¿te parece? Mozo, dos bocks, dorada. Pues decía que esta cuestión me tiene confuso, desconcertado... Consignemos, ante todo, que yo estaba enamorado de Ernestina. Así como suena: enamoradísimo. Ningún móvil egoísta me empujó hacia ella. No era rica; pero como mi fortuna me permite vivir sin zozobras y no soy ambicioso, la idea del interés para nada intervino en mi afecto. Su familia y la mía estaban conformes con la boda, que ya se aproximaba a pasos agigantados. Pero...

—¡Vamos! Había un pero.

—Tú juzgarás. Ernestina era una coquetuela redomada. Sin llegar a nada trascendental, ¿sabes?; pero ello es que siempre me tenía intranquilo. En vano le hacía reflexiones, advertencias. Todo inútil. Vestía con exagerada elegancia. Sus peinados eran siempre atrevidos. Sus ademanes, sus gestos, su vida entera, sólo tenían un móvil: aparecer más bonita, más apetecible. Esto contribuía, claro está, a ilusionarme. Pero al mismo tiempo me inquietaba. Sobre todo, hallándonos en público, mi sobresalto era incesante. «No te rías tanto.» «No te vuelvas hacia la derecha, que hay uno mirándote.» «No te pongas este vestido, que tiene una hechura demasiado procax.»

—¿Y ella?

—Ella seguía riéndose, miraba hacia donde le placía y no retiraba del uso los vestidos hasta que la modista había terminado otros nuevos, más exagerados aún que los anteriores.

—Pero, en concreto, ¿te ponía en ridículo?

—Ante mis ojos, sí. Para el público, tal vez no, pues

Si era por mí por quien procuraba realzar sus encantos, cesaría en su empeño al saber que no iba a verla... Dos días después—en plena supuesta cacería—me presenté en su casa. ¡Si llego a encontrármela mal peinada, vestida al desgaire, soy feliz! Nada de eso. Tan peripuesta como siempre, acaso más que nunca. ¿Para quién se había vestido? No era para mí, ciertamente.

Pues que siguiera componiéndose para «el otro».

—¿Qué otro?

—El que fuese. No lo sé, ni me importa. Pero rompí con ella. Y no me pesa, te lo aseguro. Hubiéramos sido desgraciados. Mi cariño, mi entusiasmo, eran grandes; pero mis celos eran mayores. ¿No comprendes la odiosa vida que me esperaba de vigilancia, de zozobras de inquietudes? No, no. Quédate en su casa, y yo en la mía. Y el caso es que me han asegurado que estás pesados por no haber atendido mis legítimos anhelos. ¿Me querías tal vez? ¿Habré despreciado la felicidad al apartarme de ella?...

De Raimundo a Eloy

«... Te escribo, según lo pactado dándote detalles de mi vida. Un notición: ¡Me caso! ¿Que con quién? ¿De veras no lo supones? ¡Con Ernestina, hombre de Dios, con Ernestina! ¿Con quién había de ser? Ya recordarás que yo trataba contra ella. Es porque la quería, naturalmente, a pesar de «todo». Este «todo», recordarás también que era... casi nada. Total, tonterías de una chiqueta que no ha visto el mundo ni por un agujero. Pero en cuanto estuvo la cosa seria, esto es, cuando creyó que me retiraba definitivamente, fueron tales sus lágrimas y suspiros, que no me quedaba otro recurso que creer en su enamoramiento. Hizo promesa de seguir en un todo mis deseos si yo volvía a su lado, vistiendo, para mayor humildad, hábito del Carmen dos años seguidos. Esto lo

supe por personas de todo mi crédito, que, interesadas en nuestra felicidad, me comunicaron tan gratas noticias.

«Excuso decirte si mi regocijo fué grande. No bien lo supe, volé a su lado. Y era verdad cuanto me habían referido. Su transformación es absoluta, radical. Ayer estrenó el hábito, sencillísimo, sin adornos ni mixtificaciones. Ha empezado a usar botas de punta ancha, con tacón a la inglesa. Nada de medias caladas ni de zapatos afrodisiacos. Se peina muy modosamente, con el pelo pegadito a las sienes, sin patillas, *chis-chis* ni cosa que lo valga. Ya no se ríe como antes, sin motivo, por enseñar los dientes. ¡Así me gusta, qué demonio!

«Hemos salido esta tarde, y el paseo ha sido encantador. No la ha mirado nadie. Estoy tranquilo, satisfecho, contentísimo. Seré feliz, te lo aseguro. Como los preparativos ya estaban casi terminados, la boda se celebrará dentro de un mes. Cuento con tu asistencia: serás el primero de mis testigos. ¿Verdad que sí?

«Un fuerte abrazo de tu mejor amigo,

Raimundo.»

—¡Raimundo! ¡Vengan esos cinco! ¡Aquí me tienes!

—Queridísimo Eloy! ¿Tú por los madriles?

—Naturalmente. ¿Cómo había de faltar? Antes moro

—¿A gestionar otro ascenso?

—¿Qué ascenso ni qué calabazas! A servir de testigo en tu boda.

—¡Demonio! Entonces no has recibido mi carta...

—¿Una carta tuya?

—Sí; de ayer... Se habrá cruzado contigo.

—En la cual me decías...

—Sencillamente: que no me caso.

—¡Cataplúm! Pero, chico, si eso de tu boda para cosa de juego.



nunca logré cogerla en un renuncio, y eso que me lo propuse en varias ocasiones. Es posible hasta que me quisiera; pero no por eso renunciaba a la admiración de los demás. Cada vez que me decían—y me lo decían con frecuencia—: «¡Chico, vaya una novia que tienes!...», se me revolvía la bilis. Hubiera deseado que ella fuese una mujer insignificante, capaz de pasar inadvertida a los ojos de los demás hombres. De este modo, yo hubiera sido feliz, y así se lo dije a ella muchas veces. Pero se reía de mis suspicacias... y al día siguiente la encontraba más acicalada que nunca.

—Naturalmente. Para agradarte a ti.

—Eso pretendía ella. Pero yo le demostré lo contrario. Sin esforzar mucho la imaginación, fingí el clásico viaje de los maridos celosos: «En unos cuantos días no podré venir a verte: me han invitado a una cacería...»

—Tienes razón que te sobra. Voy creyendo que soy un badulaque.

—Pues, hijo, viaje perdido. Y luego para que os arreéis de nuevo dentro de quince días, y me hagáis volver el mes que viene... Hombre, siquiera por no perder el billete, déjate de pamplinas y haz las paces hoy mismo: podéis casaros a fines de semana...

—No bromees, que la cosa es seria. Imposible toda tentativa de reconciliación. Ahora la ruptura es definitiva, inapelable.

—Como si lo viera: será que Ernestina ha vuelto a las andadas. Su transformación resultó ilusoria...

—Nada de eso! Bueno; te vas a reír de mí; pero yo te debo una explicación... La ruptura ha sobrevenido ahora por ser demasiado rotunda la transformación de Ernestina.

—Chico, cualquiera te entiende!

—Pero si me sobra la razón, Eloy de mi alma... ¿Cómo vivir al lado de una mujer desposeída de toda clase

de atractivos? Fiel a su promesa, cambió de táctica radicalmente. Ya te hablé de su indumento... ¡Qué hábito de mis pecados! La conversación de Ernestina, antes chispeante y amena, se había encerrado en los límites de la gazmoñería más insoportable. Casi nunca brotaba la risa de sus labios; y si alguna vez llegaba a reír, tapábase la boca con el abanico, para no enseñar los dientes... ¡Usaba zapatillas de orillo para andar por casa! ¿No comprendes lo horrible que ha de ser casarse con una mujer que use zapatillas de orillo?... No hay que decir que nadie volvió a hablarme de mi novia... Solamente el otro día, un amigo me dijo, sonriendo con zumba: «Pero oye, ¿es que te vas a casar con ese sauce llorón a quien acompañas por las tardes?» Esto me decidió, y rompí la boda. No es cosa de pasar la vida junto a un sauce llorón, como decía mi amigo. ¡Qué espanto, qué tedio! ¡La existencia sería un bostezo inacabable! Es mejor así. ¿No te parece, Eloy? ¿No me dices nada?

—Y ¿qué quieres que te diga? Es la eterna historia, la lucha de siempre entre la ilusión y la realidad, entre la teoría y la práctica; la carencia de un término medio que nos proporcionara la solución ecuánime... Hacemos de la mujer un arquetipo que muy difícilmente puede hallarse. Quisiéramos una estatua de Afrodita revestida con la túnica de Vesta. Los dos aspectos sucesivos que tú has hallado en Ernestina, reunirlos en cada mujer simultáneamente: «Encantadora para mí; repulsiva para los demás». Pero esto no es posible; entre otras razones, porque el gusto propio no es en la mayoría de los casos mas que un reflejo del gusto ajeno... Y ante la disyuntiva de ser un sauce llorón o todo lo contrario, la mujer—alabémosle el gusto—opta por lo segundo. Y no es ella la responsable. Hay que reconocerlo: la culpa es nuestra.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

Ilustración de Monsó.

ESPAÑA VISTA POR LOS EXTRANJEROS

Unas notas de Andrés Gide

Poco hace que Alberto Insúa, hablando en estas mismas columnas de los nuevos novelistas de Francia, colocaba el nombre de Andrés Gide en primer término, como el de un pastor, elogiando su profunda y flexible inteligencia, su inmensa cultura, su gesto, su filosofía, su estilo, «limpio, cálido y vibrante de vida, como la piel de un adolescente», señalándole como el teorizante literario más profundo de Francia. Algún historiador de las modernas letras francesas, juntando su nombre con el de Romain Rolland, los coloca en el término de las dos corrientes literarias producidas después del romanticismo: la del arte puro y la de la observación de la vida natural, como la imagen más perfecta que resume toda la evolución de su tiempo.

Andrés Gide se elevó desde el arte, desde su simbolismo inicial, a la vida; dejóse atraer por los faros espirituales de Oscar Wilde, Dostoievski, Claudel y Francis Jammes, y hubo de plasmar su egotismo en las páginas de *El Inmortalista*, concepción ampliada más tarde en *La puerta estrecha*.

Sirvan estas líneas de introducción, y vamos al objeto de este artículo, comentario de algunas notas sobre España, del ilustre novelista de *Los solanos del Vaticano*.

Ferrocarriles, electricidad, automóviles, aeroplanos, adelanto y progreso de los modernos tiempos, todo inútil. La mayoría de los extranjeros siguen cruzando nuestras fronteras asesorados por el prejuicio y cubriendo sus ojos con espejuelos falaces. Como si no hubiesen pasado siglos desde que nos visitara Mme. d'Aulnoy y se viajase todavía en mula del modo que cruzara nuestro país en 1466 el barón bohemio León de Rossmithal. Así nos visitó hace algún tiempo Andrés Gide, que ya estuviera otra vez en España, antes de cumplir sus veinte años.

Al segundo viaje de Gide, realizado en primavera, hacen referencia unas notas publicadas en sus *Nuevos pretextos*, que comienzan diciendo que «menos fatigado, hubiese ocupado, sin duda, cada día varias páginas en elogiar sencillamente este país; pero de que así no fuese culpa a la luz azulada del cielo y al áspero olor de la naturaleza. Es decir, que vista y olfato declaráronse en rebeldía al pisar España».

Sobre todo, el olfato; y, cosa curiosa, por culpa de nuestro chocolate. «En San Sebastián, escribe, en la plaza, nos hicimos servir chocolate español, espeso y fuertemente aromatizado de canela; lo sirven en tazas pequeñas: según mi gusto demasiado pequeñas. J... pretende no

poder sufrir el chocolate a la española; pide, pues, un chocolate «a la francesa». Le traen casi inmediatamente ese chocolate, sí, del mismo; pero la taza es mucho más grande, y J... lo declara excelente. M... acepta el chocolate español, pero la horrorizan los bizcochos. Y como me irrita al ver a las dos tan resignadas o resueltas a no gustar de este país más que por los ojos o, todo lo más, con el extremo de los labios, hundiendo mis dientes en aquella pasta aceitosa, agumada y azafrañada, creo morder a la propia España; fué horrible.» Claro está que la realidad española nos advierte en seguida de que si en San Sebastián se pide chocolate en cualquier establecimiento, hay noventa y nueve probabilidades contra una de que lo sirvan a la francesa. Ahora y cuando nos visitó Andrés Gide.

Cuenta después, atribuyéndolo a su compañero de viaje, que, llegados al primer restaurante español, después de señalar sobre la lista de los vinos para que les trajesen media botella de cerveza, el camarero preguntó:

—¿Philsen o inglés?

«A lo que el compañero de Gide hubo de contestar, naturalmente, en francés:

—Mi pobre amigo, es inútil ensayar, pues no comprenderé nada de lo que usted dice.

La impresión de Valencia es graciosísima por lo lacónica. Llegan de mañana, y al mediodía ya no piensan en otra cosa que en marcharse, «sin haber visto la catedral». Al azar la buscan, y, una vez ante ella, el amigo de Gide envía al escritor por delante, como a la descubierta, para ver «si vale la pena de entrar», porque estaba fumando un cigarro bastante bueno. Sale Gide antes de que el amigo haya terminado el cigarro, y se marchan de allí. Por lo visto, no valía la pena. A la mañana siguiente, después de haber dormido «como un mineral», una alegría inaudita campanillea a través de la ciudad. Para Gide es la hora en que los rebaños la recorren; «cada cabra que pasa, desgrana, trotando, la nota única de su campanilla». ¡Lo que dan de sí unas pobres cabras, competidoras de aquella Rochoa que Blasco Ibáñez nos presenta en *La Barraca*!

Se detienen en Elche, y el ilustre autor de *Isabel* declara muy seriamente que, gracias a sus capas del Tyrol, pasaron allí por dos toreros catalanes. ¿Dos toreros? Y, por más señas, ¡catalanes!

Más adelante, en Murcia, confiesa que su mayor admiración fueron... ¡las imágenes de Salzillo! Nada de eso. Los «círculos», a los que dedica un chiste que el propio Muñoz Seca hubiera rechazado por geométrico; la principal parti-

cularidad de estos círculos es que son siempre rectangulares.

«Diríase el interior de un ómnibus, cuyos dos lados hubieran retrocedido mucho. Tocando a las dos paredes laterales, dos hileras de anchas butacas, frente a frente. En cada butaca un tertuliano. Cada tertuliano fuma un cigarro, y de través mira pasar al transeunte. El transeunte, al pasar, mira al tertuliano fumar su cigarro. Un gran cristal sin azogue separa a los tertulianos de los transeuntes; visto desde fuera, el círculo tiene el aspecto de un acuario.

«Los círculos sin pretensiones están al mismo piso que la calle. (Es una calle por la que no pasan carruajes.) Otros, un poco más elevados, presentan las rodillas de los tertulianos a la altura de los ojos del transeunte. Los sentados, dormitan. Ni libros, ni periódicos, ni otras consumaciones que los cigarros; ni conversación posible de butaca a butaca, demasiado distantes. Sobre la fachada de uno de estos acuarios, donde permanecen estancados de este modo algunos rodabaillos, se lee: «Círculo instructivo». ¿Qué son los otros?»

Y acaban sus impresiones—¡cómo no!—metiéndose de lleno en el flamenquismo. Gide recuerda aún que en su primera visita a España oyó en el Albaicín una canción—«nada después, ni siquiera las canciones del Egipto, ha sabido impresionar lugar más secreto de mi corazón»—, en la sala de una posada, y por volver a oír aquella canción hubiese atravesado tres Españas. Pero huye la visita de Granada, por temor a no volverla a oír. Y entretiene su huida evocando aquel recuerdo de su primer viaje.

Fué en la vasta sala de una posada, cantada por un mozo bohemio, y su canto, jadeante, excesivo y doloroso, «en el que se sentía a su alma expirar a cada falta de respiración», veíase cortado por un coro a media voz, de hombres y de mujeres.

«Para diversión de algunos turistas, un empresario había organizado una velada de bailes en el primer piso de una posada del arrabal. Ya entonces repugnábame todo lo que oía a cosa preparada...; pero ¿qué otro medio de ver esos bailes? Pronto ya no se exhibirán más que en los «music-halls» y en los cabarets de París.

«Habanera, cachucha y seguidilla auténticas, nos fueron servidas aquella noche. Sobre tres de los lados de la sala había dispuestas, en dos filas, sillas de paja y bancos reservados a los turistas. Yo estaba sentado al lado de mi madre; teníamos en frente de nosotros una vein-

tena de españoles y de gitanos, de los que seis eran mujeres; los unos muy pálidos, las otras curtidas como el cuero de sus zapatos. (Digo esto por romanticismo; pero creo que casi todos estaban calzados con alpargatas.) Cada mujer, al llegarle la vez, se levantaba y bailaba, sola o bien con un caballero; el coro de los instrumentos, de las palmadas y de las voces, ritmaba la danza.

«El espectáculo, un poco triste al principio, se animaba. Estábamos, quizás, en el tercer baile; la que lo bailaba, una andaluza, sin duda, de tez rosa, agitaba vientre y brazos, según la costumbre de las judías argelinas, y hacía flotar dos pañuelos, el uno color algarroba, el otro cereza, que agarraba con la punta de los dedos. Hacia el final del baile, comenzó a dar vueltas más deprisa; al principio en el centro de la sala, luego en un gran círculo, a la manera de una pelota próxima a caer, siguiendo la línea de los espectadores, a los que rozaba. En el momento de pasar por delante de mí, ¡pam!, recibo el pañuelo en la cara, y el pañuelo cayó sobre mis rodillas. Hubiese querido que aquello fuese por torpeza y casual; pero era directo, súbito y concertado, discreto... Así debí comprenderlo en el mismo instante, y sentí que una oleada de sangre me deslumbraba, pues aquella travesura se aclaraba al recordar cierta canción que a veces cantaba una costurera que venía a trabajar a nuestra casa; cantaba aquello cuando estaba bien segura de que mi madre no podía oírlo; después supe que era, sencillamente, la canción de madama Angot, «nada tartamuda, a voz en grito», etc.; y allí se hablaba, en el curso de un dúo, del sultán al que «le tiró el pañuelo». Comprendí claramente lo que el gesto quería decir; evidentemente debía ser de uso corriente en ciertos países.

«Más aún que el pañuelo, que escondí precipitadamente bajo mi chaqueta, me esforcé en creer que mi madre no había visto nada, y pensé, todo sofocado, en las posibles consecuencias de mi aventura... Mientras tanto, continuaba la fiesta. No presté mas que una débil atención a los movimientos de una pareja de gitanas; pero, en el momento en que este nuevo baile acababa con un delirio, vi con estupor a la gitana abandonar de repente el baile, sacarse un pañuelo del seno y arrojarlo no lejos de nosotros sobre las rodillas de un gamo viejo que no aplaudía, pero que, con golpecitos de bastón, hacía resonar el suelo. Seguramente el gamo conocería las costumbres, y no le quité ojo. ¿Qué iría a hacer?

«Muy tranquilo y sonriente se apoderó

del pañolito, buscó en su bolsillo del chaleco, sacó de él una moneda blanca, muy ostensiblemente la arrolló en una punta del pañuelo, hizo un nudo encima, y después, desde lejos, lo tiró todo ello hacia la española... Completamente tranquilizado, saqué de debajo de mi chaqueta el pañuelo rojo y pedí una peseta a mi madre. Ya entonces había recobrado el aplomo; lo que sobre todo me despistaba era que de las siete españolas o gitanas que aquella fiesta juntaba, la que había «tirado el pañuelo» era, con mucha diferencia, la menos guapa de todas.»

Es decir, que al fracasado conquistador había tocado en aquella ocasión bailar con la más fea.

J. GARCIA MERCADAL

LA VIDA PINTORESCA

LOS HORRORES TEATRALES

ESTAMOS verdaderamente angustiados ante el conflicto teatral. A la gente le ha dado el naípe por ir a los espectáculos, y cada coliseo es un centro de dolor y tristeza, como si acabase de morir un característico por haberse atragantado un vodevil. ¡Hay que ver a los empresarios mesándose los pelos y dando pufetazos en la mesa de contaduría!

—¡Martínez! ¿Cuántos han venido hoy? Martínez, que no se atreve a dar la fatal noticia ante el temor de que el empresario le tire a la cabeza la obra que acaba de entregarle un dramaturgo, vacila y concluye por decir:

—Parece que está animada la sala.

—Sí, ¿eh?

El empresario se precipita a ver tal fenómeno, y echa una mirada por el patio de butacas. Catorce personas; cuatro vales, dos policías, y en las últimas filas los meritorios de la compañía.

—¿A esto le llama usted animación? ¡Imbecil!

—¿Cómo que no? Mire usted qué animados están esos.

—Pero si no han pagado.

—Pero están divertidísimos.

Realmente es tremenda la crisis que sufren los espectáculos públicos, y para combatirla se piensa en apelar a todos los medios imaginables, por si no fuesen

bastantes la bondad de las obras y el mérito de los artistas. Hay empresarios que, imitando a las casas de comercio, han destacado a provincias viajantes, cuya misión es animar a los viajeros que con ellos hacen el recorrido en el tren hacia Madrid.

—¡Vaya una nochecita! ¿eh?

—Sí; hace bastante frío. La verdad es que la necesidad de ir a Madrid nos ha hecho meternos en el tren.

—¿A Madrid? Yo también.

—Algún negocio.

—¡Ca! La curiosidad de ver representar ese magnífico drama *Muérdete a ti mismo*. ¡Una cosa estupenda! Supongo que ustedes también irán.

—No sabemos; como a éste le van a hacer una operación quirúrgica.

—¡Pues precisamente por eso! Los modernos métodos quirúrgicos indican que el paciente, antes de verse en la mesa operatoria, debe llevar a su ánimo íntimas satisfacciones.

—¿Qué cosa tan rara!

—Indiscutible. El enfermo que antes de ser operado asiste al teatro, llega contento y hasta se sonríe de los bistrús y del cloroformo. Nada, nada; en cuanto lleguen a Madrid, adquieran las localidades para ver esa magnífica obra, y luego a que le corten a usted lo que sea.

He aquí la propaganda que se ven obligados a hacer aquellos que tienen un teatro poco concurrido.

Aquella alegría, aquel bullicio y aquel entusiasmo con que antes se acudía al teatro, han desaparecido por completo, y ahora se entra por el pasillo de butacas como quien pasa a la alcoba de un enfermo. ¡Si hasta los espectadores se miran unos a otros con recelo!

—¿Sabes que no me inspira mucha confianza aquel picado de viruelas? Siento que hayas traído el aderezo bueno.

—¿Aquel de las butacas?

—Sí; voy a correr el pestillo del palco, no sea que, aprovechando un momento de emoción, se nos cuele aquí y nos atraque. ¡Caramba! ¿Por qué habremos venido?...

Es innegable que la falta de dinero impulsa a la gente a retraerse de lo superfluo, porque ¿quién tiene valor para dejarse un capital en la taquilla de un teatro cuando hay en su casa problemas económicos de difícil resolución?

—¿Sabes cómo se han puesto las coliflores este año?

—Al gratin.

—No, hijo, no; se han puesto tontas; vamos, a unos precios que, no siendo Romanones, nadie las va a comer.

—¡Caray! De modo que eso de la alimentación...

—Y del vestir, y del calzar y de todo; no hay modo de solucionarlo.

—¡Qué lástima! Porque yo quiero gastarme unas pesetillas yendo a ver esa revista *Los gansos maravillosos*...

—¡Como hagas eso, tiene que acudir aquí el comisario del distrito! Ya sabes, Olegario, que siempre he sido una mujer respetuosa y que nunca te he puesto la mano encima; pero ¡ay de ti, si te gastas en el teatro lo que tan necesario nos es para vivir!

—Bueno, mujer, bueno; haré que me cuente el argumento y los chistes algún amigo de buena posición que haya podido ir a ver la revista.

Así sucede; el que por haber sido afortunado en la lotería, o heredado, o algo por el estilo, acude a una representación teatral, se ve luego asediado por sus conocimientos.

—¿Conque usted ha ido al teatro? ¡A ver, a ver! Cuéntenos usted.

Ya se ha dado el caso en algún círculo de fijar en el tablero de anuncios de la portería el siguiente aviso: «El sabio señor Peñalara hablará esta tarde de la obra *El desengaño de un mico*, que ha tenido la fortuna de ver».

Y los salones del círculo se han llenado de tal modo para oírle, que parecía una tarde de renovación de Junta directiva y con lucha empeñada. ¡Ay! ¡Qué momentos más tristes los actuales!...

A. R. BONNAT

LECTURAS

En la linda colección *La Novela para todos*, ha aparecido una cuidada versión de la famosa obra de Teófilo Gautier, *Jettatura*, una de las novelas en que mejor se htrmanan las sorprendentes cualidades del gran escritor francés, riqueza en la invención de los asuntos, maestría en su desarrollo, interés continuo en los relatos y esplendor en el estilo,

que hicieron de él uno de los más grandes artistas literarios del siglo XIX.

x

Don Teófilo Rodríguez de Tembleque ha reunido en un tomo, primorosamente editado, una serie de interesantes y amenos trabajos en que se refleja la sutileza de su espíritu, su clara visión de hechos y de tipos y sus brillantes dotes de estilista.

De Tierra Virgen, que así se titula el volumen, es una obra que delata igualmente a un pensador y a un poeta.

x

Bajo el expresivo título de *Oleos*, ha publicado D. Rafael Pizarro una serie de cuadros y de apuntes, que él llama «prosas de la raza», y que son verdaderamente ricos en colorido y en finura de observación.

Completa el volumen tres novelas cortas muy interesantes.

x

Entre las obras que últimamente han acrecentado la producción editorial de la Empresa «Mundo Latino», merecen especial mención *Sonadores*, novela de Knut Hamsun (premio Nobel en literatura); *La Gesta de la Legión*, por Enrique Gómez Carrillo, y *Verdades sentimentales*, por Victoriano García Martí.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Últimas novelas.

Luis Araquistáin, que ha conquistado un puesto eminente en el periodismo de España y América, se nos revela ahora como un maestro en el género novelesco con *LAS COLUMNAS DE HERCULES*.

José Francés, uno de los escritores más mimados del público, cuyas novelas y cuentos circulan traducidos en diversos idiomas, ofrece *LA RAZA FLOTANTE*.

López de Saa, cuyas numerosas reediciones pregonan su éxito, que se acrecienta en cada obra nueva, acaba de publicar *CAVIOTAS Y GOLONDRINAS*. Pídanse estas novelas en las librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

OBJETOS DE OCASION

Grande surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA**. SAN BERNARDO, 1.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO 5.1817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillante profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid.

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Medias seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS

TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO, 12**
TELÉFONO M 17-65

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie

Les Petits Suisses
Fernando VI, 17



ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)

Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y canal.—Establecimientos Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

NUEVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714

PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

FÁBRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL

MADRID

Fuencarral, núm. 27.

RELOJ ESPECIAL PARA AUTOMÓVIL

Certificado de
garantía con ca-
:-: da reloj. :-:



Venta al por ma-
yor y menor. Re-
mesas a provín-
:-: cias. :-:

Con esfera blanca..... 75 pesetas.
luminosa por radio..... 90

Caja de metal blanco, niquelada, con esfera de 7 centímetros de diámetro y máquina fina de escape ancora, de marcha exacta; cuerda para OCHO días.

Carlos Coppel. • MADRID • Calle de Fuencarral, núm. 27.

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 días.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

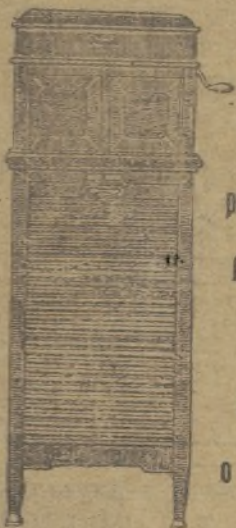


ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS
que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran
en ella, y su repertorio reúne todos los
géneros.

Ventas
a plazos
con
precios
de
contado.



Envíos
a
provincias
Aparatos
con
cocina
o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

Esquina a Berquillo



Tapicería y
Muebles de lujo
Manuel López

Serran 17-Ayala, 60



FUENCARRAL 6 MADRID

FOTOGRAFO
TOLEDO 63 MADRID

LÁMPARA NITRA A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.
Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.

Pídase en todos los establecimientos de venta
de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)